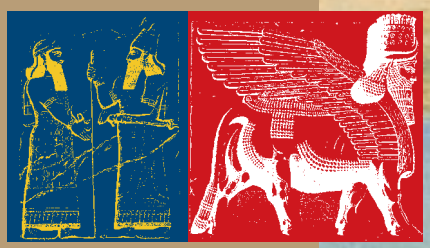
El redescubrimiento del ORIENTE PRÓXIMO y EGIPTO antiguos

La aventura de la Historia en Oriente
Joaquín María Córdoba Zoilo
Egipto. Mito y redescubrimiento
Covadonga Sevilla Cueva
Fascinación europea
Joaquín María Córdoba Zoilo



En el curso del siglo XVIII, y sobre todo durante el XIX, Europa se sintió profundamente interesada por los pueblos de Oriente. La expedición napoleónica de 1798 y la competencia franco-británica abrieron el camino. El desciframiento de los jeroglíficos y de la escritura cuneiforme y las excavaciones arqueológicas trajeron a la actualidad el mensaje y la realidad de una historia compleja, rica y sorprendente. Nacía así una nueva Historia

La aventura de la Historia en Oriente

Se descubren las antiguas ciudades de Mesopotamia, se descifra el cuneiforme y nace una ciencia nueva, la Asiriología que, a la par que la Egiptología, reescribe la historia remota del mundo

Joaquín María Córdoba Zoilo
Profesor Titular de Historia Antigua
Universidad Autónoma de Madrid

MUCHO ANTES DE QUE, A MEDIADOS del siglo XIX, comenzaran a producirse los revolucionarios hallazgos de las grandes capitales asirias; mucho antes de que los signos cuneiformes pudieran ser descifrados, revelando historias olvidadas de monarcas persas, guerreros asirios, legisladores babilonios o héroes sumerios; mucho antes de que naciera una historia nueva y los museos de París, Londres o Berlín mostraran orgullosos lo mejor de lo hallado en Kalhu, Dur Sarrukim, Babilonia, Assur, Susa, Persépolis o Hattusa; mucho antes de todo eso, el recuerdo difuso de un Oriente lejano, el silencio de las ruinas y la inmensidad de las llanuras había atraído la curiosidad viajera de gentes singulares. Por fuerza, sus trabajos y aventuras constituyen las primeras páginas de la Historia académica o literaria del redescubrimiento del Oriente antiguo.

Arriba, **reconstrucción de la puerta de Jorsabad, Asiria, (por Thomas).** Abajo, **entrada al templo asirio de Nimrud (por Layard).**

Reabriendo los caminos

En época medieval, el viaje a Oriente solía estar determinado por razones religiosas las más de las veces, aunque se conozcan expediciones comerciales o diplomáticas. Las condiciones solían ser extremadamente dificultosas: desplazamientos muy lentos a lomos de asno o caballo, grandes distancias a través de regiones poco habitadas, nómadas o campesinos poco amistosos, situaciones climáticas extremas.... Los pocos curiosos que buscaban referencias del pasado lo hacían todavía, claro está, a través de sus lecturas religiosas –pues las fuentes clásicas eran de limitado acceso–, y las colinas mesopotámicas, por grandes que fuesen, difícilmente podían asociarse con las rutilantes ciudades de Assur, Nínive, Babilonia, tal y como venían descritas en los textos de la Biblia. Un temprano viajero de Occidente, célebre por haber sido el primero conocido en dejar memoria escrita de su viaje, fue Benjamín de Tudela, rabino español que entre finales de los sesenta y comienzos de los setenta del siglo XII peregrinó por Palestina, Siria, Egipto, Mesopotamia y otras regiones de aquel entorno, haciéndose eco –junto a los datos que más le interesaban: el estado, número y bienestar de las comunidades judías que visitaba– del aspecto y entorno de lugares tales como Baalbek, Palmira, Nínive, Babilonia o la zigurat arruinada de Borsippa –que describió tal y como aún se ve: "hendida por el fuego de Dios"–, confundiéndola con la mágica torre de Babilonia.

Pocos años después, en 1285, Hulagu y sus mongoles atacaron Bagdad y ejecutaron al último califa abbasí. La destrucción de Bagdad, de sus monumentos, bibliotecas y moradores, fue desastrosa para la cultura y la Historia; pero todavía más

Oriente en busca de fortuna o ejerciendo misiones diplomáticas. Entre los primeros, hay que recordar al alemán Leonhard Rauwolf, que viajó por Palestina, Siria, Mesopotamia y otras regiones entre 1573 y 1575, ejerciendo como médico que era y realizando curiosas observaciones, como la dedicada a la célebre zigurat de Aqar Quf, erróneamente identificada con la misteriosa torre babilónica de la Biblia.

Más lejos aún irían otros dos viajeros notables de comienzos del XVII, el italiano Pietro della Valle y el español Don García de Silva y Figueroa. El primero, buen conocedor de Irán, en diciembre de 1616 visitó con interés la región de Babilonia, suponiendo que la gigantesca masa de la terraza artificial de adobe –siglos después, Robert Koldewey demostraría que era uno de los palacios de de la ciudad– era la tan buscada torre de Babel.

Don García de Silva y Figueroa, embajador de Felipe III de España ante el sha Abbas el Grande, un adelantado a su tiempo por su forma de pensar, su conducta y su calidad humana, ignorado entre la pléyade de aventureros, agentes y embajadores presentes entonces en la corte de Irán, fue realmente el primero en comprender la realidad de Persépolis, en señalar los signos cuneiformes como verdadera escritura y en redactar uno de los más interesantes y comprensivos libros sobre el Irán de la época y sus peculiares costumbres.

A finales del mismo siglo, el alemán Engelbert Kämpfer copiaría en Persépolis largos fragmentos de inscripciones, tratando de descifrarlas sin éxito. Él, antes que Thomas Hyde de Oxford, hablaría de *cunaetae*, cuñas, para referirse a esta extraña escritura. Era la que hoy llamamos cuneiforme, la que había permitido expresarse a los antiguos Imperios de Oriente.

catastrófica sería la destrucción del sistema de regadíos y la eliminación de la población rural, porque así se hizo imposible cualquier intento de recuperación. Y en el curso del siglo XVI, la conquista turca de la región no significaría mejora alguna, sino, bien al contrario, el inicio de una era marcada por un dominio aplastante y la conversión del país en campo de batalla entre turcos y safávidas iraníes.

Por esas fechas, numerosos europeos llegaron a

Arriba, **Baalbek (D. Roberts, 1843).** En la portadilla, **toro asirio y el rey Sargón con un oficial (por Flandrin); grupo de árabes con las pirámides al fondo (por D. Roberts).**

García de Silva descubre Persépolis

García de Silva y Figueroa (Zafra, 1551-1623) fue el primer viajero que aportó a Europa noticias precisas de la olvidada civilización persa, contenidas en su diario, redactado con motivo de su embajada ante la corte del Sha, representando a Felipe III. Parte de esas anotaciones está contenida en los *Comentarios a mi embajada a Persia*, cuyo manuscrito -probablemente, no el original- se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Entre las muchas cosas interesantes del libro, su capítulo VI describe unas maravillosas ruinas que identifica -con toda propiedad, como se demostraría más tarde- como Persépolis. Entre las descripciones, resulta notable por su precisión la de un relieve que se ha querido identificar con la representación de Darío I: "Entre la variedad de imágenes y formas de ellas que aquí se pudieron notar, fue un muy venerable personaje sentado en un alto escaño o silla, a las espaldas de la cual, que tenía un descanso o espaldar más levantado del medio, en figura piramidal como las cátedras episcopales, estaba otro personaje en pie, del mismo traje y autoridad del que estaba sentado. El uno y el otro tenían grandes barbas, que les llegaban muy abajo de los pechos, con el cabello de la cabeza crecido, que les cubrían las orejas, toda la cerviz y parte del cuello posterior... Tenían bonetes redondos y bajos en las cabezas y vestían unas grandes ropas que les llegaban a los pies, muy anchas y con muchos pliegues, no del todo diferentes a las togas y ropaje antiguo de los romanos, y más propiamente como las de los magníficos y senadores de Venecia: con larguísimas mangas y tan anchas de boca que les llegaban a las rodillas..."

Las precisas informaciones y sus dibujos tardaron mucho en llegar a España, pues García de Silva falleció al regreso de su embajada, a la altura de Luanda. Las descripciones de Engelbert Kämpfer y los dibujos de Cornelius de Bruin, un siglo posteriores, pondrían de manifiesto la precisión de las observaciones y apuntes del embajador de Felipe III.

El siglo XVIII marca un cambio notable en la conducta y los intereses de los viajeros europeos en Oriente. Porque el espíritu de la Ilustración marcó también a la mayor parte de los que allí se aventuraron. Una orientación científica variada y constante, un deseo de conocer las gentes y su entorno, un ánimo de abrir fronteras al comercio y a los intercambios humanos resulta patente en la vida y las obras de gentes como Karsten Niebuhr, A. Michaux o del conde de Volney.

La magia de las inscripciones

En 1761, Federico V de Dinamarca envió una expedición a Oriente –de la que formaba parte un matemático llamado Karsten Nieubuhr–, con la misión de visitar Egipto, Palestina, Siria y Arabia. La muerte sucesiva de los miembros de la expedición –el filólogo, el naturalista, el médico, el artista– le

dejó solo, pero lejos de amilanarse continuó su viaje alcanzando la India y a Europa en 1767, a través de Omán, Irán, Mesopotamia y Anatolia. Su relato, publicado luego en varias lenguas, mostraba inusitado interés por el comercio, las técnicas artesanales, la geografía y la agricultura, las costumbres y los monumentos de la Antigüedad. Notables son sus observaciones sobre las pirámides de Egipto o sobre las ruinas de Persépolis, donde una estancia de tres semanas le permitiría realizar planos y copias excelentes de inscripciones, que serían luego la primera llave del desciframiento.

El interés por la antigua y misteriosa escritura no hacía sino crecer. En 1786, un botánico francés volvía a su país después de una estancia en Oriente, a donde había ido llevado de su curiosidad y su estudio, acompañando al cónsul en Irán. Traía consigo una pesada piedra grabada y con bajorrelieve, encontrada al sur de Bagdad.

En lo sucesivo sería conocido como el *guijarro Michaux*. Se trataba del primer texto cuneiforme, largo y completo, llegado a Europa. Y como no podía ser menos, los primeros intentos de desciframiento produjeron versiones realmente sorprendentes por lo desatinadas. Pero era inevitable, porque faltaba cualquier elemento de comparación, cualquier extremo del necesario *hilo de Ariadna.*

Notable también por sus escritos de viaje –publicados en 1787– y por sus reflexiones filosóficas despertadas por la visión majestuosa de las ruinas de Palmira (1791) sería el conde de Volney. Pero poco después, la expedición napoleónica a Egipto y la publicación de sus resultados cambiarían notablemente las conductas y las formas de ver de los europeos en Oriente, despertando al tiempo en los Gobiernos –particularmente, en los de Francia e Inglaterra, en perpetua pugna por la hegemonía– el deseo de ganar parcelas de influencia, mercados a sus productos y reconocimiento mundial de su grandeza.

Arriba, **Acceso a uno de los túneles de Kuyunjik (por Cooper).** Abajo, **una de las ruinas con las que los viajeros de comienzos del siglos XIX pretendieron identificar la mítica Torre de Babel.**

Adolfo Rivadeneyra llega a Babilonia

Adolfo Rivadeneyra (1841-1882) era hijo del famoso Manuel Rivadeneyra, editor de la Biblioteca de Autores Españoles. Educado en Madrid, Francia, Bélgica y Alemania, poseía un especial don de lenguas para los idiomas antiguos y modernos. Diplomático, sirvió a su país en Líbano, Ceilán, Egipto, Irán y Singapur, entre otros destinos. Aprovechando las contingencias de su servicio, publicaría dos de los libros de viaje más interesantes del siglo XIX, fruto de los viajes hechos de Ceilán a Damasco y por Irán. En el primero de ellos narra emocionado la llegada a Babilonia, en julio de 1869:

"A los pocos minutos atravesé dos arroyos que allí se unen para entrar en el Éufrates, y luego, salvando los declives que estrechan la hoya en un foso, todos a una señalaron un gran montículo que enfrente de mí, a lo lejos, se alzaba; y repetidas voces exclamaron: ¡Babel!, ¡Babel!

A tales voces, electrizado por el recuerdo, veo levantarse las gigantescas murallas, las enormes fortalezas que ciñen la ciudad de Belo: oigo resonar las herramientas de dos millones de artífices, atareados en los templos, en los palacios de Semíramis; aquí construyendo puentes, galerías subterráneas; allí levantando o desviando las aguas del río; por todas partes afanándose en labrar figuras destinadas a perpetuar la fama de los babilonios, sus riquezas, sus héroes y sus dioses... Entra Nabucodonosor arrastrando reyes, pontífices y profetas... ¡Azares de la fortuna...! Llegan las embestidas de Ciro; ya se acercan, entronizadas, las iras devastadoras de Darío y Jerjes... Las nubes de arqueros partos, las estrepitosas correrías de los mahometanos, persas, turcos, acaban por arrasar del todo lo que aún subsistía de vida en este suelo, ayer rico y próspero; hoy pobre y sin ventura"

(A. Rivadeneyra.- Viaje de Ceilán a Damasco, Laertes, Barcelona, 1988, p. 78)

Comenzaba la carrera colonial que había de terminar en el reparto sancionado por el acuerdo de M. Sykes y G. Picot en 1916 y la Declaración Balfour de 1917. Y comenzaba, también, la *reconstrucción* del Oriente islámico con estereotipos, fronteras imaginarias y perversas deducciones que han producido tantos desencuentros y conflictos a lo largo de todo el siglo XX.

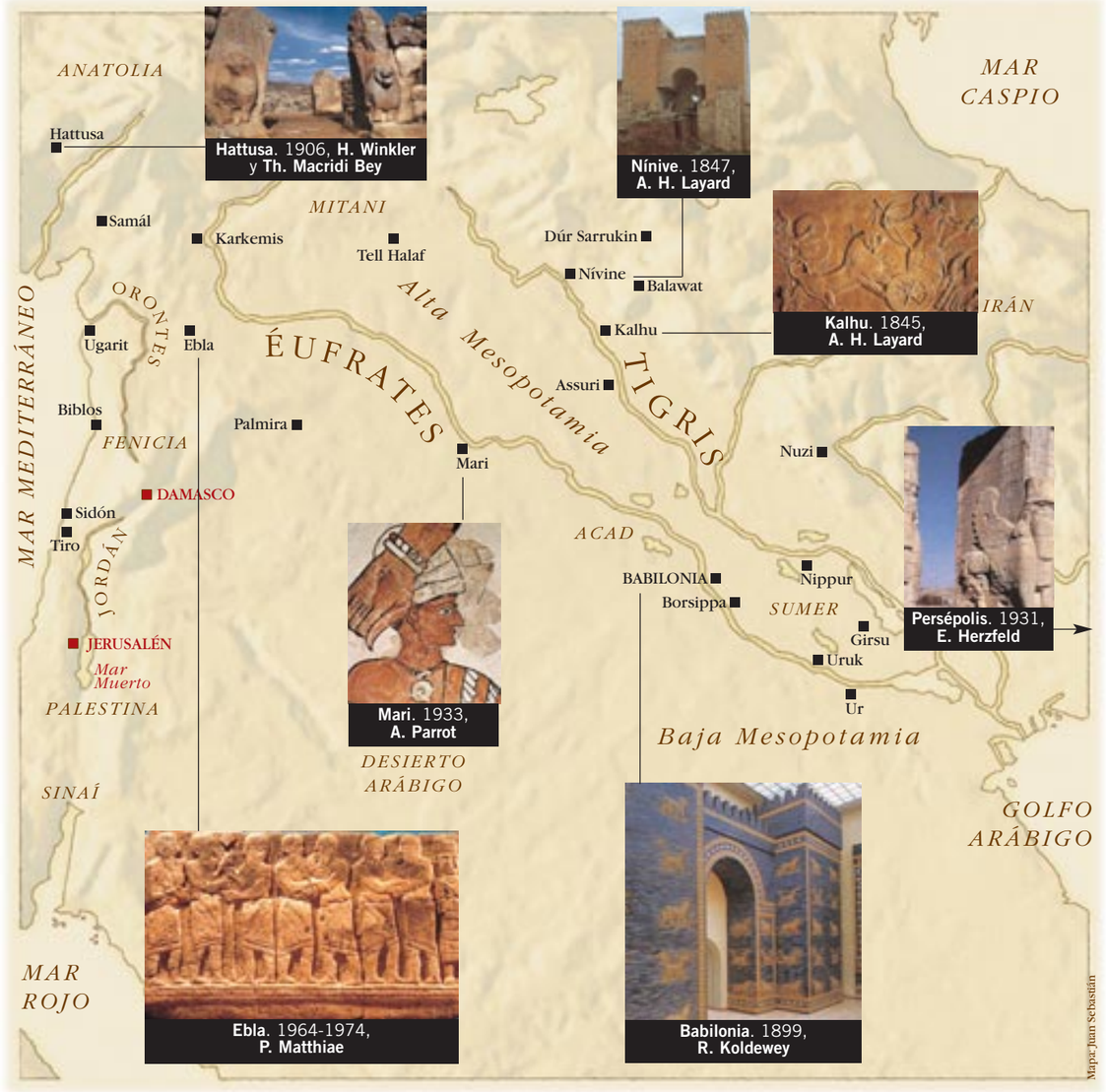
A comienzos del siglo XIX, publicado en los anales de la Academia de Ciencias de Göttingen, apareció un trabajo firmado por Georg Friedrich Grotefend. Partiendo de las láminas con inscripciones publicadas por Karsten Niebuhr, y escogiendo la inscripción trilingüe de Darío, Grotefend pensó que el desciframiento debía empezar por la lengua de los últimos en usarla, evidentemente los persas.

Escogió la más sencilla de las tres, que supuso la desarrollada para aplicar a la lengua persa. Poco a poco, utilizando numerosos estudios sobre el persa antiguo y medio, las titulaturas de los reyes y sus nombres –repetidos a lo largo del tiempo–, actuando como en un rompecabezas, consiguió alcanzar el valor de los sonidos, obteniendo una lectura correcta de hasta un tercio de los treinta y seis caracteres de la escritura cuneiforme persa. La puerta al pasado empezaba a abrirse.

El retorno de la vieja Historia

La campaña de Francia en Egipto había abierto los ojos a las potencias. La Compañía de Indias bri-

Mapa de la zona, con las principales excavaciones, fechas y nombres de sus impulsores.

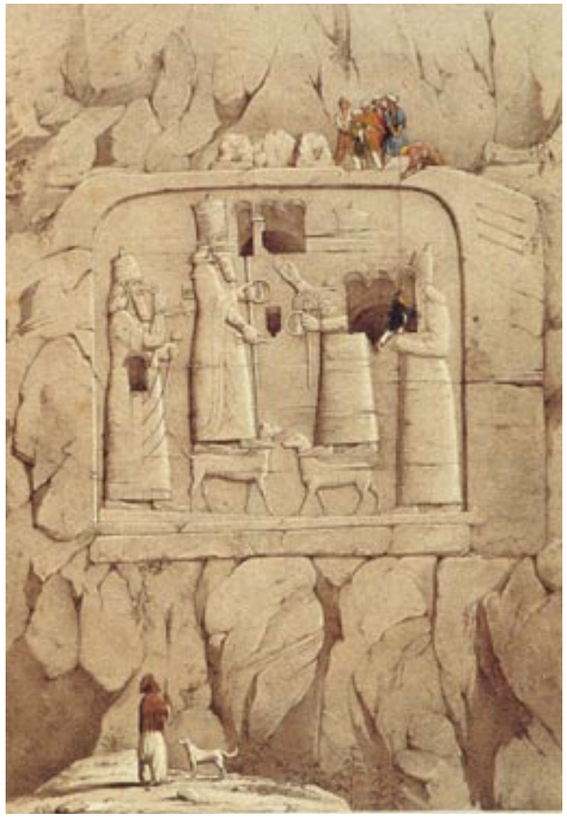


tánica y los Ministerios correspondientes se apresuraron a inaugurar delegaciones y consulados en las capitales más importantes del Oriente bajo administración turca: Alepo, Damasco, Mosul, Bagdad, Basora y otras ciudades comenzaron a contar en su parva colonia europea, con los representantes comerciales y diplomáticos que allí defendían los intereses de sus respectivas naciones.

Como el tiempo libre era mucho y la afición a las antigüedades muy común, inmediatamente comenzaron a ofrecerles cuanto aparecía aquí y allá: un resto, un topónimo, una leyenda... Claudius James Rich, cónsul en Bagdad y residente de la Compañía de Indias desde 1807, sería el primero en trazar planos de las ruinas de Babilonia, intentando ver en ellas el recuerdo de la vieja capital. Pero también visitó y dibujó planos de Birs Nimrud en el Sur, o Nimrud y Mosul en el Norte, acompañado por su secretario Bellino, asiduo corresponsal de G. F. Grotefend. La casa de Rich sería hogar de muchos viajeros británicos de entonces –como James Buckingham o Robert Ker Porter, autor de excelentes acuarelas de Irán y Mesopotamia–. A su muerte en Shiraz, en 1821, la curiosidad sobre la antigüedad oriental despertaba ya un interés oficial. Su colección de antigüedades e inscripciones formaría el núcleo inicial de las antigüedades mesopotámicas del Museo Británico.

En 1842, Francia abría una delegación diplomática en Mosul. El designado para ostentar la representación sería Paul-Emile Botta, un hombre de probada experiencia en Oriente, adquirida durante el largo tiempo vivido en Egipto y Yemen. Jules Mohl, secretario de la Sociedad Asiática Francesa, que había leído los informes de Rich sobre Nínive y conocido la colección depositada en Londres, animó a P. E. Botta a indagar en busca de la vieja capital asiria. Así lo haría el flamante cónsul a poco de su llegada, excavando con escasos resultados en la colina de Kuyunyik, al otro lado del Tigris.

A finales de marzo de 1843, frustrado en sus expectativas, envió a algunos de los suyos a buscar en la aldea de Jorsabad, a unos dieciséis kilómetros al noreste de Mosul, aceptando los informes que le daban. Y acertó. El 5 de abril enviaba a Jules Mohl y a la Academia inscripciones que confirmaban el hallazgo del primer palacio asirio, de una gran capital que suponía, con error, Nínive. La importancia política y cultural del descubrimiento –no era Nínive, como luego se demostraría, sino la capital de Sargón, Dur Sarrukim– hizo que los Ministerios se volcaran en la dotación de medios económicos, facilitando además a Botta la incorporación del pintor y dibujante Eugène Flandin.



Personajes asirios esculpidos en una pared pétrea de Bavian. Layard está representado en posición acrobática, examinando de cerca los relieves.

Años después, Victor Place volvería a abrir el yacimiento de Jorsabad, multiplicando por mil lo hallado en tiempos de Botta. Con él fue Gabriel Tranchand, autor de las primeras fotografías tomadas en una excavación y acaso de las primeras hechas en Oriente. Lástima que el metódico y ejemplar trabajo de V. Place se viera desmerecido por la accidental pérdida de sus hallazgos en el Tigris.

La prensa escrita de Europa, con su recién adquirida capacidad de difusión y comunicación, prestó a la hazaña francesa un impacto notable, que los británicos estaban obligados a equilibrar. Un viajero y aventurero inglés, Austen Henry Layard, mucho tiempo residente en Irán –protagonista de sorprendentes episodios en el corazón del Luristán– y que había recorrido Palestina, Siria e Iraq, supo ganarse la confianza del embajador británico en Constantinopla, Stratford Canning. Con medios económicos que puso a su disposición y con su respaldo diplomático Layard se dirigió a Mosul y, tras algunas investigaciones menores en Kuyunyik y Bavian, marchó a Nimrud a fines de noviembre de 1845, comenzando de inmediato a recuperar los primeros relieves asirios, esculturas y

Falsificaciones en Hamadán

Uno de los viajeros y pintores más curiosos de los que surcaron las rutas de Oriente durante el siglo XIX fue Eugéne Flandin (1803-1876). Adscrito a la embajada remitida al sha de Persia, realizó junto a P. X. Coste un largo viaje por Irán en el curso de los años 1840 y 1841, fruto del cual sería un libro excelente y una portentosa colección de láminas. Estando en Hamadán, Flandin supo de una verdadera industria de la falsificación:

"Los judíos fabrican allí una inmensa cantidad de monedas griegas y sasánidas. Sobre todo aquellas que llevan la efigie de Alejandro o Ardesir y son muy comunes" …"Se han puesto a fundir y a reproducir facsímiles de las encontradas en el suelo (en obras de aterrazamiento). Se me ha dicho que las exportan incluso para los coleccionistas de Europa".

(E. Flandin y P. X. Coste, *Voyage en Perse* (2 vols.), París, 1851, vol. I, p.383.)

La prensa escrita de Europa, con su recién adquirida capacidad de difusión y comunicación, prestó a la hazaña francesa un impacto notable, que los británicos estaban obligados a equilibrar

todo el mundo antiguo que hasta ese momento sólo los franceses de Botta habían encontrado.

Inmediatamente, entró en contacto con Henry C. Rawlinson, representante británico en Bagdad desde 1843, antiguo oficial del ejército inglés en la India, miembro de los servicios de información y políglota notable –autor de la mejor versión inglesa de *Las mil y una noches*– dedicado entonces, como otros muchos en Europa, al intento de descifrar el cuneiforme y las lenguas escritas con este sistema. H.C.Rawlinson respaldó el trabajo de su compatriota y preparó el traslado a Gran Bretaña de los monumentos y esculturas rescatados.

Además de su éxito en Nimrud, la fortuna sería amiga de Layard en Kuyunyik: allí encontraría lo que Botta no pudo hallar. Y entre 1847 y 1852 llegaron a Londres los relieves y esculturas que forman el grueso de una colección excepcional.

Layard volvió a Inglaterra en abril de 1851, dejando en su puesto al iraquí Hormuz Rassam. Contra todo pronóstico abandonó para siempre las excavaciones en beneficio de una carrera en el servicio exterior. Su renuncia no tenía que ver con ello pero, aunque nadie lo barruntara, la primera etapa de hallazgos y descubrimientos estaba a punto de terminar. Lo mismo que él, pero por otras razones, P. E. Botta se vería relegado a destinos secundarios que sobrellevó amargado, lejos de sus rutilantes descubrimientos. Un cruel Gustave Flaubert le evocaría en sus notas de viaje, cuando en 1850 se beneficiaba de la hospitalidad del entonces cónsul francés en Jerusalén.

Abajo, izquierda, **Paul-Emile Botta (Champmartin's, 1840, M. Lovre, París).** Centro, **Henry C. Rawlinson, en 1850 (Thomas Phillips).** Derecha, **extracción de uno de los toros alados de una sola pieza hallados por Layard en Nimrud.**

Guerras, abandonos, desciframientos

La Gran Partida jugada entre las potencias por el reparto de las colonias y las zonas de influencia está en el origen de la Guerra de Crimea. Entre 1853 y 1856, Francia e Inglaterra se enfrentaron a Rusia en una guerra extremadamente sangrienta, llevada

Los grandes descubrimientos

1618. García de Silva y Figueroa, embajador de Felipe III ante el sha Abbas el Grande, identifica Persépolis. Sugiere que los signos cuneiformes habían sido una escritura.

1751. Wood y Dawkins visitan Palmira y su libro *Las ruinas de Palmira* (1753) inicia el redescubrimiento de la ciudad.

1752. Los filólogos Barthelémy y Swinton descifran el alfabeto palmiriano.

1770. El danés Niebuhr copia las inscripciones cuneiformes de Persépolis y establece la base del desciframiento.

1802. Grotefend establece el trilingüismo de las inscripciones aqueménidas y descifra parte del alfabeto cuneiforme usado para el persa antiguo.

1811. Rich, residente británico en Bagdad, levanta los primeros mapas y planos de las ruinas que identifica con Babilonia.

1812. El suizo Burckhardt visita Petra y señala la existencia e importancia de sus ruinas.

1843. Botta descubre las ruinas de Dur Sarrukin, la capital de Sargón II.

1845. El británico Layard descubre al sur de Mosul la ciudad asiria de Kalhu.

1847. El mismo Layard identifica a las ruinas de Quyunyik como las de Nínive.

1852. El francés Place reanuda los trabajos de Dur Sarrukim y amplía lo conocido del palacio y capital de Sargón.

1857. Hinks, Oppert, Rawlinson y Talbot verifican el desciframiento de la escritura cuneiforme y de la antigua lengua asiria.

1859. J. Oppert decide que los acadios no fueron los inventores de la escritura cuneiforme.

1872. El filólogo G. Smith descubre, en una tablilla hallada en Nínive, la más antigua versión del Diluvio Universal.

1877. E. de Sarzec descubre en Tello la ciudad de Girsu y la cultura sumeria, con sus inscripciones y monumentos.

1878. El iraquí H. Rassam encuentra al sureste de Nínive las Puertas de Balawat.

1888. Los alemanes Humann y Von Luschan descubren Zincirli y la cultura luvio-aramea.

1889. Los norteamericanos Hilprecht y Haynes descubren la ciudad santa sumeria de Nippur.

1897. El francés Morgan comienza el gran proyecto de Susa. Se descubren importantes monumentos (*Estela de Naram Sin, Código de Hammurabi*). El sistema de trabajo resulta lesivo para la documentación.

1899. La Sociedad Orientalista Alemana inicia el proyecto de Babilonia, dirigido por Koldewey. Hasta 1914. Se descubren grandes templos, palacios y monumentos como la Puerta de Istar. Se impone en las excavaciones la más rigurosa metodología. Se descubren la realidad y problemas de la arquitectura de adobe.

1902. Koldewey localiza las ruinas de Borsippa. Su gigantesca torre –considerada durante años como la de Babel– es identificada como la del famoso templo del dios Nabu.

1903. El alemán Andrae excava en Qalat Sherqat, identificada como la vieja capital de Assur. Mejora de la metodología de trabajo y documentación.

1906. En Bogazköy, Anatolia, la misión germano-turca de Winckler y Makridi Bey descubren Hattusa, capital del Imperio hitita, sus archivos y una nueva lengua escrita en cuneiforme: el hitita, lengua indoeuropea.

1908. En Yerablus, el británico Hogarth desubre la capital luvita de Karkemis.

1911. En las fuentes del Habur, en Siria, el alemán Von Oppenheim descubre en Tell Halaf una capital aramea y la evidencia cerámica de una cultura prehistórica de notable importancia: la cultura Halaf.

1912. El alemán Jordan, jefe de la misión en Babilonia, abre un nuevo proyecto en Warka. Verifica la remota antigüedad de la ciudad, llamada Uruk.

a cabo con notable incompetencia por uno y otro de los bandos contendientes. Además de las pérdidas humanas y la inseguridad generalizada, la guerra congeló los proyectos de investigación en Oriente. Incluso era difícil conseguir un barco que fuera hasta Basora para recoger las antigüedades acaparadas por franceses e ingleses.

Integrado ya en el Ministerio de Asuntos Exteriores, A. H. Layard sería testigo de las batallas en Crimea y del asalto a Sebastopol. Sorprendido por la incapacidad militar de los mandos y la intendencia británicos, horrorizado por la situación sanitaria y los sufrimientos inútiles de los soldados, a su vuelta a Inglaterra atacaría en el Parlamento el sistema de provisión de los mandos, en manos de una cierta nobleza, enfrentándose por ello con el conservadurismo propio de la Cámara y el rencor del primer ministro, Palmerston.

Las circunstancias, pues, debieron ayudar a que entonces llegaran a puerto los intentos de desciframiento. Tras muchos tanteos de H. C. Rawlinson, del irlandés E. Hincks –por el que Rawlinson sintió una innoble envidia y antipatía–, del francés Jules Oppert y de otros, se conseguiría al fin descifrar la lengua principal de las inscripciones conocidas: el asirio. La prueba colectiva propuesta por la Sociedad Asiática de Londres en 1857 sería la muestra palpable. A partir de entonces, las inscripciones de los palacios y estelas, o las tablillas de los archivos, permitían conocer una historia ignorada, grandiosa y muy superior a lo imaginado, en cuyos mitos y comportamientos los herederos del mundo greco-romano encontraban un nuevo antepasado.

El desciframiento de la lengua asiria y la escritura cuneiforme tendría algunas consecuencias inesperadas. La primera, la evidencia de que muchos de los mitos bíblicos se habían inspirado en tradiciones mesopotámicas varias veces milenarias. La segunda, que cuanto más se avanzaba en la publicación y en los hallazgos se imponía una revisión total de la perspectiva académica de la historia antigua, refugiada en la supuesta superioridad clásica o en la inmutabilidad del referente religioso.

Se ponía en evidencia que muchos de los mitos bíblicos se habían inspirado en tradiciones mesopotámicas varias veces milenarias

Arriba, **Austen H. Layard, vestido de bakhtiyari, según una acurela hecha en Constantinopla, en 1843.** Abajo, **transporte por el río de uno de los toros colosales extraídos por Layard en Nimrud y que terminarían en Gran Bretaña.**

Durante el último tercio del siglo XIX, superadas ya las secuelas de la Guerra de Crimea y, poco después, las del conflicto franco-prusiano de 1870-71, sobrevendría una nueva oleada de interés por Oriente. Entre 1877 y 1901, un vicecónsul de Francia destacado en Basora iniciaría los trabajos en las desoladas llanuras mesopotámicas, en un lugar llamado Tello. Sus inauditos esfuerzos y sacrificios se verían recompensados con el descubrimiento de un pueblo y lengua mucho más antiguos de lo hasta entonces conocido: los sumerios. Y con ellos, el origen último de la escritura.

Poco después, un grupo estadounidense iniciaría sus trabajos en Nippur, la ciudad santa de los sumerios y, a finales de siglo, la Sociedad Orientalista Alemana encargaba al arquitecto Robert Koldewey el proyecto de descubrir y estudiar Babilonia. Allí se produciría lo que se ha llamado el *segundo descubrimiento de Mesopotamia*: fueron los estudiosos alemanes de R. Koldewey y sus discípulos, como W. Andrae, quienes desvelaron los misterios de la antigua arquitectura de adobe, su excavación y su documentación. Para entonces, los museos y las universidades europeas sabían ya de una ciencia nueva, la Asiriología, que a la par que la Egiptología venía a escribir de nuevo la realidad de la Historia más remota del mundo.

Egipto, mito y redescubrimiento

La cultura egipcia nunca desapareció de la memoria europea. Creada y recreada a través de los tiempos, se constituyó en un mito que aún perdura

Covadonga Sevilla
Profesora Titular de Historia Antigua
Universidad Autónoma de Madrid

Ramsés II en su carro de guerra, dispara su arco contra los hititas (por Ippolito Rosellini, *Monumenti dell'Egitto e della Nubia*). Rosellini fue discípulo de Champollion y el primer egiptólogo italiano.

EN EL AÑO 47 A.C. SE INCENDIÓ LA Biblioteca de Alejandría a consecuencia de la conquista de la ciudad por Julio César. Entre los cerca de 700.000 volúmenes con que contaba, había libros sobre la historia y la cultura del país, escritos por egipcios. Existían duplicados que se guardaban en la biblioteca del templo de Serapis en la misma ciudad, que serán destruidos a su vez en el año 391 por cristianos fanáticos, perdiéndose definitivamente todo lo que se había salvado del desastre del año 47 a.C.

En el año 313, el emperador Constantino promulga un decreto por el que se permitía la libertad de cultos dentro del Imperio romano. En Egipto, el cristianismo ya contaba con muchos adeptos; en todo el valle del Nilo se construyen y habitan monasterios y eremitorios y ya eran escasos los creyentes en las ancestrales divinidades faraónicas. El edicto de Teodosio I, en el 391, prohibió el culto en todos los templos paganos: fue el golpe definitivo a la antigua religión y a la vieja cultura pues, con los santuarios, se cierran sus escuelas de escribas. Por

tanto, los pocos que aún sabían leer y escribir los caracteres jeroglíficos y hieráticos fueron dispersados. En torno al 450, no sólo no quedaba nadie que pudiera leer o comprender los textos del Egipto antiguo sino que, además, había desaparecido cuanto habían escrito de sí mismos los propios egipcios.

Entre los siglos IV y VII el país, bajo la órbita política del Imperio bizantino, recibió la visita de peregrinos deseosos de conocer los lugares mencionados en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Viajeros fervientes que querían ver con sus propios ojos los graneros de José –las pirámides–, el árbol bajo cuya sombra se cobijó la Virgen María cuando tuvo que huir de Herodes con el Niño Jesús, o las tumbas de los mártires. Se trataba de peregrinaciones perfectamente organizadas –para las que se escribieron itinerarios o guías de viaje– que culminan en Jerusalén. Los templos egipcios se utilizaban como cantera para la construcción de iglesias, monasterios o palacios. Las representaciones esculpidas se eliminaban o se cubrían con revoco por ser impúdicas o idólatras. En todas partes, sobre los jeroglíficos aparecen cruces.

La conquista y el asentamiento musulmán cerró Egipto a los peregrinos. Los creyentes de la nueva religión admiraban y temían los vestigios faraónicos. Se extendió entre los musulmanes la creencia de que templos, tumbas o pirámides fueron construidas por magos y gigantes en tiempos pretéritos y que guardaban en su interior incalculables tesoros. Así, algunos más valientes o ambiciosos penetraron en los edificios en busca de riquezas, agujereando suelos y muros.

La recreación renacentista del mito

Con el naciente humanismo y el mecenazgo de algunas familias italianas como los Médicis, los estudios sobre escritores griegos y romanos cobran un nuevo auge. Se fomenta la traducción al latín de Diodoro de Sicilia o del *Corpus Hermeticum*. Diodoro describió las costumbres y la religión egipcias, destacando su sabiduría y su extensión a otros lugares, sobre todo europeos. El dios Osiris y su esposa Isis habrían exportado el progreso enseñando técnicas y leyes. Los sabios europeos buscarán de forma frenética los lazos entre sus países y esta difusión primitiva de la civilización egipcia. Se escriben así estudios de carácter pseudo-histórico que pretendían enlazar a determinadas familias europeas con sus "antepasados", sobre todo Hércules el Egipcio, hijo de Isis y Osiris, creando verdaderas genealogías. Es el caso de los Borgia o, en Alemania, de la familia Habsburgo. Los "lazos familiares" se acaban plasmando en las decoraciones de palacios, arcos de triunfo o historias de familia.

En 1460 se traduce al latín el *Corpus Hermeticum*, o *Hermes Trismegisto*. Autores como Marsilio Ficino o Pico della Mirandola estudiarán esta recopilación de textos gnósticos, judíos, griegos y "egipcios" escrito en el siglo III d.C. que ponen de manifiesto una sabiduría ancestral vinculada a los conocimientos arcanos, la filosofía y la magia natural. Se busca la obtención del Conocimiento absoluto,

La profecía de Hermes Trimegisto

Tiempos vendrán en los que parecerá que los egipcios hayan honrado en vano a sus dioses (...) Regresarán a su cielo, abandonarán Egipto (...) Y entonces esta tierra tan santa, patria de santuarios y templos, quedará enteramente cubierta de sepulcros y de muertos. ¡Oh Egipto, Egipto! Sólo fábulas van a quedar de tus cultos, y ni siquiera tus hijos creerán más tarde en ellas. No sobrevivirán más que palabras esculpidas sobre las piedras que relatan tus piadosas obras... Sin dioses y sin hombres, ¡Egipto no será más que un desierto! ". La profecía de Hermes Trimegisto, recogida en el *Corpus Hermeticum*, conjunto de textos de variada procedencia reunidos entre los siglos I y III, señala la oscuridad que se va a cernir sobre toda la civilización egipcia.

Página izquierda, **mapa con algunos de los hallazgos, excavaciones y estudios arqueológicos del siglo XIX en Egipto.** Arriba, **miembros de la expedición científica francesa de Napoleón miden la Esfinge de Giza.**

sólo al alcance de unos pocos y que no puede manifestarse por los medios de comunicación habitual, sino a través de formas veladas. Los pensadores renacentistas, siguiendo al gramático griego Horapollo de Nilópolis (s. IV d.C.) que escribe sus *Hieroglyphica*, pensaron que los jeroglíficos egipcios tranmitían esa sabiduría y que sólo mediante su interpretación, se llegaría al Conocimiento. Uno de sus seguidores, ya en el siglo XVII, será el jesuita alemán Athanasius Kircher. Erudito de conocimientos enciclopédicos, nos ha legado gran cantidad de obras sobre los monumentos egipcios en Roma, sobre los jeroglíficos e incluso una gramática de copto. El padre Kircher siguió al pie de la letra la idea de Horapollo: los signos escritos en obeliscos y estatuas debían ser interpretados. Desarrolla así una fantasía desbordante. Lo que resulta paradójico es que, conociendo el copto (es decir, la lengua y la escritura de los egipcios cristianos), no se diera cuenta de que la lengua que anotaban los jeroglíficos era la misma, sólo que perteneciente a periodos más antiguos. Su error sólo se solventará en el siglo XVIII cuando algunos eruditos reconozcan en los signos una escritura y que, por tanto, debe ser leída y no interpretada.

En este contexto se reanudan los viajes a Oriente, favorecidos por las medidas aperturistas de los sultanes otomanos y los intereses comerciales europeos. Viajar será fácil para peregrinos, diplomáticos y mercaderes, que recalarán en el puerto de Alejandría. Hasta este momento, los europeos cultivados no poseían ninguna documentación seria sobre Egipto, a excepción de algunas narraciones de viajeros o noticias diversas traídas por los cruzados en los siglos pasados. Empiezan a publicarse en Europa libros de viajes; algunos son totalmente fantásticos como *El viaje y la navegación de Sir John Mandeville, caballero*, protagonizados por personas que nunca existieron. Otros, sin embargo, son el reflejo fiel de las vicisitudes del trayecto. Como León el Africano quien, en el siglo XVI, recorrió el Norte de África remontando el Nilo hasta Asuán. Su obra, *Historia y descripción de África*, es el primer acercamiento objetivo a algunos monumentos del Egipto faraónico. Más tarde, otros eruditos, como el profesor John Greaves, de Oxford, efectúan mediciones de las Pirámides, iniciando así una evaluación científica de los edificios.

El viajero de estos momentos tiene intereses diversos en Egipto: no sólo busca lugares bíblicos sino que queda extasiado ante los vestigios faraónicos. Se encarga como diplomático y comerciante de interceder ante las autoridades egipcias en beneficio de su país y aprovecha para contratar intercambios provechosos: no sólo se buscan especias y otras materias exóticas Se transportan también piezas que enriquecerán las colecciones privadas; se incluirán en los llamados "gabinetes de curiosidades" que serán el precedente de los futuros museos. De hecho, el coleccionismo se va a convertir en algunos casos en actividad de Estado.

En el siglo XVII Jean de Thévenot viaja simplemente por la pasión del conocimiento; el padre Vansleb, enviado por Luis XIV, busca piezas e información científica sobre Egipto. Los diplomáticos son los mayores coleccionistas de este periodo. El comercio de antigüedades se desarrollará en el siglo XVIII, facilitado por los contactos con los funcionarios locales. Benoît de Maillet, Le Maire o Paul Lucas son algunos ejemplos. El jesuita Claude Sicard realizará un mapa del valle del Nilo ubicando todos los asentamientos y monumentos por encargo del regente Philippe de Orléans.

La cruz sobre el obelisco

La popularidad de los vínculos genealógicos con Egipto, fue contrarrestada por algunos papas durante la época de la Contrarreforma. Sixto V lanza acusaciones de un nuevo paganismo y toma medidas: la erección de algunos obeliscos en Roma se culmina con la ubicación sobre su aguja de una cruz o de reliquias, queriendo manifestar al mundo el triunfo de la verdadera fe; "La Santidad de nuestro señor Sixto V (...) ha aborrecido el culto de los falsos dioses de los gentiles,(...). El primer año en que, (...), recibió el pontificado, intentó borrar por completo la memoria de los ídolos que fueron tan exaltados por los paganos con las pirámides, los obeliscos, (...). Él quiso (...), dar cuerpo a este deseo tan piadoso(...) con el Obelisco del Vaticano(...) purgando esta "aguja" y consagrándola en tanto que soporte y pie de la muy Santa Cruz".

Grabado alusivo a las medidas adoptadas por el papa Sixto V respecto a los obeliscos.

Los viajeros del siglo XVIII tendrán gran influencia en la organización de la expedición que Napoleón Bonaparte llevará a cabo en 1798. Entre estos cabe destacar a Richard Pococke, Frederick Norden, François de Chasseboeuf-Volney, Savary o Jean Potocki. En sus obras encontramos desde la narración de la aventura, incluyendo descripción entusiasta de las peripecias vividas, hasta análisis más o menos rigurosos de monumentos, formas de vida y folklore. Se unía así la atracción por lo antiguo y lo moderno.

El redescubrimiento

El inicio del redescubrimiento del Antiguo Egipto suele vincularse con la expedición de Napoleón Bonaparte a esta región en el año 1798. Acompañando al general francés y su ejército iba un grupo de 167 especialistas en todos los campos, encargados de reunir toda la información científica sobre Egipto. Entre ellos, el dibujante Vivant Denon. Una de las tareas encomendadas a estos sabios era dibujar, ubicar, medir y describir todos los monumentos que encontraran. El resultado final fue la publicación de la *Description de l'Égypte*, una gigantesca obra de unas 4.000 páginas y 600 litografías. Frente a una visión mítica y pseudo-científica incrementada con el paso de los siglos, la presencia francesa proporcionaba ahora un conocimiento directo, real y bastante completo.

La expedición franco-toscana en las ruinas de Karnak, a finales de 1829: en el centro, vestido a la usanza egipcia, J. F. Champollion –jefe de la misión– ; en pie, con útiles de dibujo en la mano, Ippolito Rosellini (por Giuseppe Angelelli, Museo Arqueológico de Florencia).

La expedición de Napoleón abrirá las puertas necesarias para el nacimiento de una disciplina científica: la Egiptología. El hallazgo de la piedra de Rosetta en 1799 puso en manos de Jean-François Champollion la posibilidad de descifrar los jeroglíficos. Ya en el siglo XVIII, dos eruditos, el abad Barthélémy y Georg Zoega habían entendido que los signos jeroglíficos expresaban una escritura y que por tanto se debían leer. Descubrieron que los caracteres encerrados en un cartucho anotaban los nombres propios de faraones y precisaron la dirección en que debían leerse los signos, atendiendo a su orientación. Champollion hallará la clave, al intuir que la escritura jeroglífica era al mismo tiempo ideográfica y fonética. O, dicho con otras palabras, que unos signos se leían y otros no, siendo la función de estos últimos aportar sólo un acercamiento a su significado. En 1822 se abría, por fin, la posibilidad de entender todo aquello que los propios egipcios habían dejado escrito.

Durante la primera mitad del siglo XIX proliferan las excavaciones y el saqueo de los vestigios arqueológicos bajo el auspicio de Muhammad Ali, virrey de Egipto. Éste, interesado en buscar la cooperación europea para modernizar el país, no pone ninguna traba a la extracción de piezas y a su posterior traslado a Europa. La actividad "arqueológica" se convierte en uno más de los motivos -a veces excusa- de Francia e Inglaterra para intervenir en Egipto. Sus cónsules, Drovetti y Salt, organizan excavaciones para "recuperar" objetos que posteriormente venden a los recién creados museos occidentales. El propio Champollion, durante su estancia en Egipto, llama la atención del virrey para poner fin al expolio sistemático. Sin embargo, Muhammad Ali, poco concienciado, si bien en principio considera seriamente las advertencias del sabio francés, acaba regalando las piezas incautadas a aquellos Estados de quien espera obtener alguna ventaja.

Egipto se convierte a lo largo de este siglo en el lugar turístico por excelencia. El valle del Nilo, además, posee el mejor clima recomendado para recuperarse de enfermedades tales como la tuberculosis o, simplemente, la depresión. Así, es fácil encontrar viajando por Egipto a personajes célebres, como el escritor francés Flaubert o el pintor inglés David Roberts. Ambos nos han legado, en sus respectivas obras lo mejor del espírtu romántico, vinculado no sólo a las antigüedades faraónicas, cristianas e islámicas, sino también a la vida egipcia de su tiempo.

La situación con respecto al patrimonio va a cambiar a mediados de siglo. August Mariette, egiptólogo autodidacta y furtivo en un principio, toma conciencia del peligro que para la nueva disciplina y para el propio Egipto tienen las excavaciones indiscriminadas. Su labor fue incalculable. Consiguió convencer y concienciar a los virreyes y a la población de la necesidad de conservar su patrimonio en tierra egipcia. Para ello, creó un Servicio de Antigüedades que controlará a partir de 1858 las excavaciones y los traslados de piezas fuera del país. Además, fundará un museo con clara intencionalidad didáctica. Si Champollion había abierto el camino hacia el conocimiento histórico a través de los textos escritos, Mariette lo hará a través de la arqueología.

¿Puede realmente hablarse de redescubrimiento de Egipto? Sí, si se piensa en lo que los propios egipcios dejaron –escrito y representado en sus monumentos y manifestaciones de todo tipo– sobre sí mismos. Su conocimiento se lo debemos a especialistas filólogos, arqueólogos e historiadores, sobre todo a partir del descriframiento de los jeroglíficos en 1822; su constante fascinación, a todos aquellos curiosos, viajeros y eruditos que pisaron sin interrupción la tierra del Nilo, desde el siglo XVI, legando a la posteridad relatos y representaciones, a veces de extraordinaria calidad. Sin embargo, es preciso puntualizar que Egipto nunca desapareció de la memoria europea. Creado y recreado a través de los tiempos, se constituyó en un mito del que, aún hoy en día, todos somos deudores.

Mariette tomó conciencia del peligro las excavaciones indiscriminadas y creó el Servicio de Antigüedades, que controló las excavaciones y los traslados de piezas fuera de Egipto

Vivant Denon, miembro de la expedición napoleónica.

Giovanni Belzoni, uno de los pioneros de la Egiptología.

Jean-Fançois Champollion, el descifrador de los jeroglíficos.

***Gran pórtico* del templo ptolemaico de Filae (por David Roberts). Se trata de la sala hipóstila de ese templo, dedicado al culto de Isis y convertido –obsérvense las cruces– en iglesia cristiana en el siglo VI d.C. El templo se conserva actualmente, después de haber sido rescatados de las aguas del embalse de Asuán.**

Cronología Egipto

1799. Pierre Bouchard, oficial de Bonaparte, descubre en el Delta Occidental la *Piedra de Rosetta*.
1813. Burckhardt alcanza Abu Simbel.
1817. Belzoni abre Abu Simbel y la tumba de Sethi I en el Valle de los Reyes.
1818. Belzoni alcanza Berenice, en el Mar Rojo.
1822. Champollion descifra en París los jeroglíficos.
1851. Mariette descubre el Serapeum, en Menfis.
1859. Mariette excava la tumba de la reina Ahhotep, en Dra Abu el-Nagga, Tebas oeste.
1871. Mariette excava la mastaba de Rahotep y Nofret, en Meidum.
1880-1. Maspero halla los *Textos de las Pirámides*, en la pirámide de Pepi I, en Saqqara, y descubre el escondrijo de Deir el-Bahari, en Tebas oeste.
1891-2. Petrie excava en el-Amarna, Egipto Medio.
1895. Excavaciones de Petrie en Nagada, Alto Egipto.
1895-6. Amélineau halla el cementerio de los faraones de las primeras dinastías en Abydos, Alto Egipto.
1898. Loret descubre, en el Valle de los Reyes, la tumba de Amenofis II.
1913-4. Borchardt halla en el-Amarna, Egipto Medio, el taller del escultor Tutmés y la *Cabeza de Nefertiti*.
1922. Carter descubre la tumba de Tutankhamon, en el Valle de los Reyes.
1925. Reisner halla en Giza la tumba de la reina Hetepheres.
1939. Montet halla las tumbas reales de Tanis, en el Delta Oriental.

Fascinación europea

La moda egipcio-oriental se convirtió en una verdadera fiebre de consumo que invadió Europa, atrapando en su encanto y posibilidades económicas al arte, la literatura y la música... El fenómeno todavía persiste, tintando de trivialización no pocas ideas

Joaquín María Córdoba Zoilo
Profesor Titular de Historia Antigua. UAM

EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII, el arte europeo comenzó a hacerse eco de ideas y estilos inspirados por Oriente y Egipto. Por eso, cuando Giovanni Piranesi llevó a cabo en Roma la decoración egipcia del *Café Inglés* (1760), próximo a la plaza de España, no lo hizo por extravagancia, ni merecía desde luego el ambiguo elogio de James Barry cuando escribía a un amigo: "pasará a la posteridad a pesar de su egipcio y su afición a la arquitectura que fluye desde la misma cloaca que la de Borromini y otros modernos chiflados". Porque bien al contrario, G. Piranesi vivía entonces el interés que el mundo cultural y artístico sentían por lo oriental, un interés que se remontaba en el tiempo incluso antes de la edición de los cuentos de *Las mil y una noches* que hiciera Antoine Galland entre 1704 y 1714. Porque en el siglo de las *Cartas persas* de Montesquieu (1721), en la época en que Johann Joachim Kändler empezó a modelar en Meissen sus series de figuritas de porcelana de nobles y sirvientes turcos, cuando sobre las tablas del Teatro am der Wien sonaban las melodías y duos del mozartiano *Rapto del serrallo* (1782); en un tiempo en el que viajeros ilustrados, como Carsten Niebuhr o el conde de Volney, difundían en las páginas de sus libros de viaje y sus grabados la vida y las costumbres de los pueblos de Oriente y Egipto, o el aspecto imponente de sus enormes y silenciosas ruinas, en ese tiempo parecía como si el arte europeo estuviera a punto de abrirse a un mundo nuevo. Y sin embargo, el orientalismo en el arte se debería no a este acercamiento lento y pacífico, sino a un episodio inesperado y fruto de la lucha entre las potencias: la expedición napoleónica a Egipto en 1798.

Los orígenes del Orientalismo en la pintura

Desde comienzos del siglo XIX y hasta bien entrado el XX, la pintura europea sabría de un numeroso grupo de artistas activos en un campo singular, que no era escuela nacional ni estilo en sentido estricto: el Orientalismo. Con lejanas raíces intelectuales en el espíritu ilustrado del XVIII, las más próximas y artísticas estarían en la expedición francesa a Egipto y las imágenes que sus libros difundieron, en los cuadros de Historia que recordaban los hechos notables de la campaña –que, como la *Batalla de Abukir* o *Napoleón socorriendo a los apestados de Jaffa*, de Antoine-Jean Gros, trazarían modelos de representación–, en el espíritu liberal perseguido tras los Cien Días y en el Romanticismo vital y artístico naciente.

***Combate en las montañas árabes*, pintado por Delacroix en 1832, tras su viaje a Marruecos (National Gallery of Art, Washington D.C.).**

Por todo eso y por más, Oriente había de convertirse en tierra admirada, anhelada desde el frío convencionalismo de la Europa de Metternich. La vida aventurera de Byron y sus evocaciones literarias de albaneses indomables, valientes turcos y tronos decadentes empujarían los indignados pinceles de Delacroix en su *Matanza de Quíos* (1824) o en la *Muerte de Sardanápalo* (1827). El Oriente soñado, el Oriente literaturizado de Victor Hugo y su obra *Les Orientales* (1829) se convertiría en el destino obligado: el *voyage en Orient* como necesidad personal, como madurez de formación artística. El impacto de la realidad en aquellos cuya pasión se había nutrido en la literatura y el ensueño fue enorme.

***Ruinas de la mezquita de El Haken* (detalle, por Prosper Marilhat, El Cairo 1840).**

Delacroix viajó a Marruecos en 1832, con la embajada del conde de Mornay. Fue su gran momento, porque luego nada sería como antes en su pintura: "estoy aturdido por todo lo que he visto. Soy, en este momento, un hombre que sueña y descubre cosas que teme vayan a desaparecer". Sus cuadernos de viaje, llenos de apuntes, esbozos, colores y sensaciones serían el tesoro de su estilo para el resto de su vida.

Antes que él incluso, otros menos populares y admirados, como Prosper Marilhat, habían partido para Oriente y conocido los desiertos y las caravanas, la luz, las ruinas y los monumentos de Siria, Palestina y Egipto. En el Salón de 1834, los cuadros de Marilhat fueron una revelación. Théophile Gautier escribiría comentando uno de ellos: "Pensé que acababa de reconocer mi verdadera patria y cuando apartaba los ojos de la ardiente pintura, me sentía exiliado". Por entonces, entre 1832 y 1833, Alphonse de Lamartine viajaba como gran señor,

Un pintor ante el paisaje de Egipto

Uno de los más reputados pintores orientalistas fue Eugène Fromentin (1920-1876), muy estimado en la corte del Segundo Imperio. Además de su habilidad para la pintura, Baudelaire señaló, ya en el Salón de 1859, su capacidad para escribir. Su recuerdo del paisaje visto desde el tren, cuando se acercaba a El Cairo, resulta un fragmento puramente pictórico:

"Un cuarto de hora antes de llegar, a la vuelta de una curva (son las dos, el sol está en pleno ardor y el aire en plena incandescencia), en el medio de una bruma grisácea se perciben la punta rígida y de color suave de dos grandes pirámides más allá de vastas extensiones de verdor, en medio de las cuales, de un lugar a otro, se ve brillar el Nilo. A la izquierda y más cerca, cúpulas y flechas de alminares, cuya base se pierde en la bruma: es la ciudadela. Más a la izquierda aún, un espacio oscurecido del que sale un gran número de alminares: es la ciudad. La línea inflamada del desierto arábigo cierra el horizonte por el este, se pierde, se reencuentra, se entraña en la cadena del Mokattam que domina todo el centro de este vasto cuadro, para morir en los lejanos azules del desierto líbico, sin que a tal distancia pueda notarse que un ancho valle separa las dos cadenas montañosas, dejando que el río pase por el medio".

(J.-Cl. Berchet, *Le voyage en Orient. Anthologie des voyageurs français dans le Levant au XIXe siècle*, Robert Laffont, París, 1985, p. 929).

por un Oriente que durante toda su vida "había sido el sueño de los días de tinieblas en las brumas de mi país natal". Su experiencia vería la luz no mucho después -*Voyage en Orient*, 4 vols., París, 1835-, y en sus páginas destacaría, junto a la exaltación romántica y literaria de los paisajes y las cabalgadas, una reflexión política que señalaba a Francia la necesidad de contrarrestar en Oriente las ambiciones inglesas. Pocos años más tarde, Edgar Quinet hablaría del renacimiento oriental, portador de un nuevo humanismo capaz de enriquecer la herencia clásica. Literatura pues, sensaciones también, anhelo de libertad y, al final, otras cosas sin duda. Para los *orientalistas viajeros*, la pintura orientalista había encontrado su sitio.

Una perspectiva más precisa del Orientalismo

Si se mira el fenómeno atendiendo también al entorno que rodeó a los pintores en Oriente y Europa –la época de los descubrimientos arqueológicos y de la definición de una nueva historia de Oriente y Egipto más allá de la referencia bíblica–, podría tenerse una perspectiva muy distinta, aunque más generosa en la amplitud del concepto general, Orientalismo. Y así cabría señalar hasta cuatro tendencias:

– Una, esencial, marcada por el descubrimiento del mundo oriental, sus paisajes, sus gentes, colores y ambientes, perceptible en la obra de los franceses E. Delacroix (1798-1863), P. Marilhat (1811-1847), Th. Frère (1814-1888), J. Laurens (1825-1901); los británicos J. F. Lewis (1805-1876) –el más elegante intérprete de los interiores domésticos–, F. Dillon (1823-1876) y Ch. Robertson (1844-1891); el alemán C. Haag (1820-1915) y los españoles M. Fortuny (1838-1874), F. Lameyer (1825-1877) –muy influido por Delacroix, y al que no le bastaron Marruecos, Egipto y Palestina, pues viajó también por Filipinas, China y Japón– y A. Muñoz Degrain (1841-1924), cuyos paisajes de Palestina, que visitó bien, constituyen una visión originalísima. Esta tendencia es la que adoptaron artistas viajeros impenitentes, que a veces residieron largo tiempo en Oriente, lo que les facultó para captar la atmósfera y los ambientes populares y domésticos con verdadero interés.

– Una segunda estaría representada por aquellos que podría llamarse *anticuarios*, más atraídos por los monumentos antiguos y la recuperación de un pasado que empezaba a entreverse –algunos incluso participarían en las primeras excavaciones arqueológicas–, que por el exotismo del Oriente contemporáneo. Entre ellos destacan los británicos Robert Ker Porter (1777-1842) –de novelesca vida, viajero por Oriente entre 1817 y 1820, cuyas acuarelas sobre las ruinas de Irán y Mesopotamia fueron la primera imagen fiable y colorista de los monumentos del Oriente antiguo–, D. Roberts (1796-1864), autor de hermosos lienzos y de la monumental serie de litografías coloreadas que recogía monumentos y ruinas de Egipto, Palestina y Siria. Los cronistas artísticos de las excavaciones inglesas de H. A. Layard en Nimrud-Kalhu y Nínive, entre ellos F. C. Cooper y otros. Al mismo grupo pertenecen los franceses E. Flandin (1803-1876) –que, junto a sus cuadros expuestos en el Salón y esbozados en el curso de su gran viaje con P. X. Coste por Irán, recogería en 1844 la primera serie de dibujos y reconstrucciones de calidad sobre los relieves y los palacios asirios de Jorsabad-Dur Sarrukin– y J.-G. Bondoux y M. Pillet, cronistas y evocadores de las excavaciones francesas en Susa y de la historia de la ciudad.

– La tercera tendencia agruparía a los *reconstructores* de Oriente que, partiendo del realismo y el naturalismo más exigente, se verían forzados a atender la demanda de unos clientes que deseaban sobre todo sensaciones fuertes, llenas de crueldad algunas, pero sin duda más de erotismo. Así, el maestro central de la pintura orientalista, Jean-Léon Gérôme (1824-1904), honrado artista y excelente profesor de muchos pintores de la segunda mitad del XIX, que tuvo la mala fortuna de acabar sus días en plena victoria de los ismos y la crítica antiacadémica. Y, sobre todo, un grupo de orientalistas tardíos cultivadores de escenas cargadas de tórrida sensualidad, como Pierre Bonnaud (1865- ?) o Adrien Tannoux (1865-1923), cuyos bellos y excitantes cuadros, estimadísimos en la época, ayudaron sin embargo a falsificar la realidad oriental y a confundir la estima de su mundo, en una de las mistificaciones más criticadas por Edward W. Said.

– Finalmente y aunque los estudios específicos sobre la pintura orientalista no los consideren dentro del grupo –porque, de hecho, no practicaron la pintura que estudiamos aquí–, lo cierto es que debe recordarse la obra de algunos pintores de Historia, abocados a la recuperación de un Oriente Antiguo y Egipto que las excavaciones del pasado siglo estaban haciendo tan visibles como las de Pompeya o Atenas lo habían hecho con Roma y Grecia. Este grupo viene representado, sobre todo, por pintores británicos, amigos de mezclar sus apegos bíblicos con los datos deparados por las excavaciones en curso. El mejor de todos ellos, quizás, Lawrence Alma-Tadema (1836-1912) –que visitó Egipto en 1902–, con sus mágicas escenas sobre *Moisés y la hija del Faraón* o *José en Egipto*, atentas a detalles de exactitud arqueológica; Edwin Long (1829-1891), autor del famoso lienzo sobre el *Mercado del matrimonio de Babilonia* (1875) –que inspiraría luego al cineasta D. W. Griffith para la escenografía de uno de los episodios de su película *Intolerancia*– y muchos más de tema egipcio o bíblico-egipcio. Y en fin, E. J. Poynter (1836-1919), con sus gigantescas reconstrucciones egipcias de llamativa ambición, o el francés J. A. Rixens (1846-1924), cuya *Muerte de Cleopatra* demuestra un buen conocimiento de la cultura egipcia hasta entonces descubierta.

Poesía y verdad

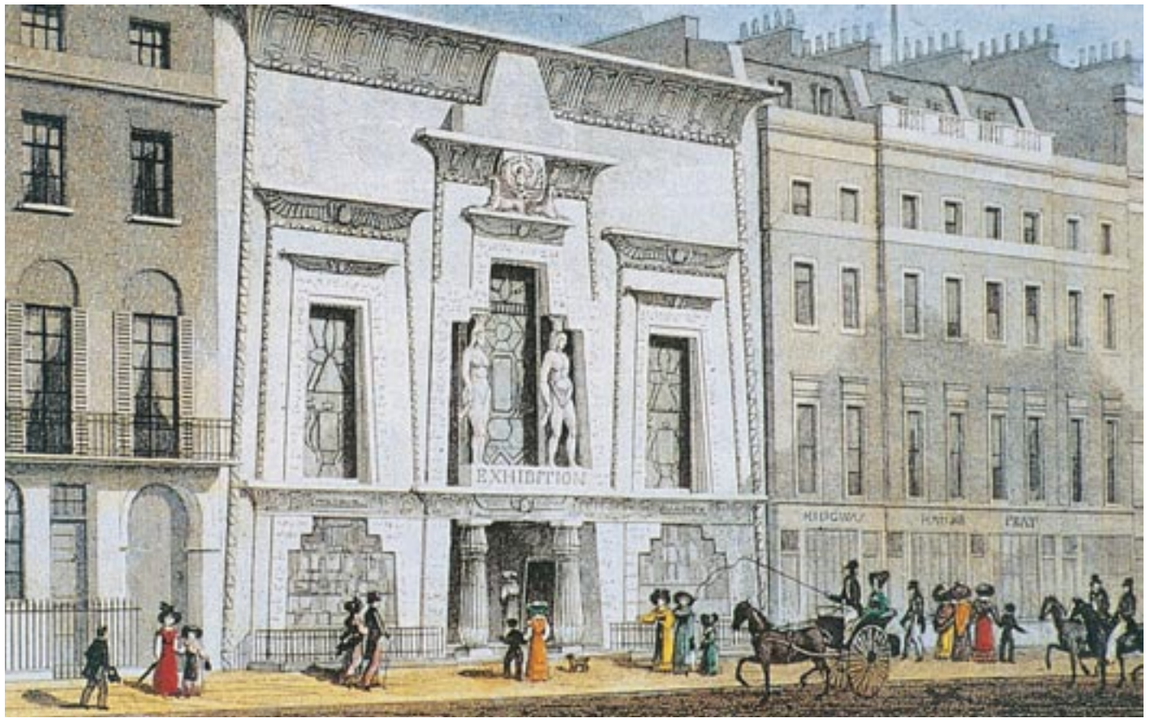
Como definió Philippe Jullian, orientalistas eran los artistas que pintaban escenas orientales auténticas para los europeos. Tiempo y pasión de su época, el orientalismo era una manifestación del Romanticismo, personalizada más por la iconografía que por la técnica o el estilo. Formados en su mayor parte en las leyes académicas y clásicas, buenos en el tratamiento y uso de los materiales, en el manejo del dibujo y el color, desaparecerían de la Historia de la Pintura cuando los ismos y las vanguardias –como recuerda Lynne Thornton– barrieran el academicismo. Como buenos románticos, en Oriente suponían encontrar al tiempo lujo y fantasía, sensualidad y luminosidad; y, en su viaje, alcanzar el exotismo y enlazar con el pasado. Sus fuertes anhelos de libertad les proponían Oriente como evasión del puritanismo oficial de la sociedad de entonces.

El creciente comercio y la siembra de delegaciones diplomáticas y embajadas facilitaron los desplazamientos de curiosos y artistas. Franceses y británicos en su mayoría, también italianos, austriacos, españoles y alemanes buscaron en Oriente los mitos que se iban forjando poco a poco. Algunos serían avispados cazadores de temas vendibles, pero la mayoría amaba sinceramente su *aventura personal* y un mundo que les fascinaba. Si el trabajo era fácil en las grandes ciudades como Constantinopla, Alejandría, El Cairo, Damasco o Teherán, donde podían instalarse y encontrar talleres y público, la experiencia viajera era insustituible. En caravanas, casi solos o acompañados por numeroso séquito, como David Roberts, captaban en bosquejos y acuarelas lo esencial de la imagen, dada la dificultad de permanecer demasiado al aire libre, lo inusitado del hecho para los campesinos o los nómadas, o el terrible efecto del calor sobre el óleo o los mismos artistas. Andando el tiempo, algunos llegarían a utilizar el daguerrotipo y la fotografía como medio rápido de tomar instantes que luego desarrollarían en la paz del taller.

A mediados de siglo, el orientalismo era ya una moda consolidada que tenía su propio mercado y demanda. Un público burgués formado por industriales, financieros, comerciantes y altos funcionarios estaba dispuesto a comprar la pintura moderna de entonces que, junto a precios interesantes, le ofrecía en sus lienzos coloristas la vida que faltaba en su entorno: escenas fastuosas, abigarradas y, a demanda, incluso una morbosa sensualidad supuestamente propia de Oriente –*Las mil y una noches* era el espejo–, que, presentada como tema histórico y oriental, podía ser aceptada en ambientes dominados por rígidas costumbres.

En Europa, las mejores ventas se hacían con ocasión del

Página izquierda, ***El monte Sinaí*** **(por Edward Lear).** Página derecha, arriba, ***La recepción*** **(detalle, por John Frederick Lewis, Yale Center for British Art).** Abajo, ***Moisés salvado de las aguas*** **(Edwin R.A. Long, 1886, Museum and Art Gallery, Bristol).**



Fachada del Egiptian Hall de Londres, primera fachada egipcia de una larga serie (por P. F. Robinson, 1812).

Salón de París o de las muestras de la Royal Academy en Londres, pero la creciente comercialización en manos de los marchantes llevaría las obras de estos artistas por todo el continente e incluso a América. Sin embargo, los pintores orientalistas y viajeros también encontraban fervorosos clientes en Oriente: notables persas y residentes europeos eran los mejores devotos de Jules Laurens en Teherán. Comerciantes, grandes señores y sus familias, representantes consulares y viajeros, los de Prosper Marilhat en Alejandría.

Maestros, tendencias, modas

La pintura orientalista suele ordenarse en tres momentos: el primero, dominado por E. Delacroix (1798-1863) y sus continuadores –en especial E. Fromentin (1820-1876) y Th. Chassériau (1819-1856)– que responde a un fuerte romanticismo y cubre los años cuarenta y cincuenta del siglo. Un segundo, desarrollado a lo largo de la siguiente década y comienzos de los setenta, que vendría dominado por Jean-Léon Gerôme (1824-1904) y sus discípulos, definido por un profundo sentimiento naturalista y realista. Y en fin, el tercer y último momento –superada la supuesta decadencia que Jules Castagnary señalara en 1872: "Es evidente que el Orientalismo ha muerto"–, que respondería a la fase más idealista, regida por la fundación de la Sociedad de Pintores Orientalistas en 1893 y la demanda de un mercado muy preciso que buscaba sensaciones fuertes, como imagen supuestamente típica de Oriente. Era justo el momento en que ya la moda, una buena parte de los marchantes, la burguesía progresista y los ismos estaban arrasando la idea académica misma.

La pintura orientalista significó un episodio sólido y concreto del arte europeo. Incluso la pintura de reconstrucción histórica encontraba su hueco en un género sumamente extendido durante el siglo XIX, con el romanticismo de la primera mitad y el historicismo de la segunda. Pero otras artes, como la arquitectura, la música, la literatura o las decorativas experimentaron también el influjo de las láminas de la *Description de l'Egypte*, las memorias de excavaciones o la literatura viajera, aunque con distinta fortuna y tal vez más discutibles resultados. Porque acaso muchos de estos intentos no signifiquen más que lo que supusieron las juguetonas *chinerías* del siglo XVIII.

La famosa fachada del Egyptian Hall londinense de P. F. Robinson (1812) –primera fachada *egipcia* de una larga serie– marcó una moda que mereció la desaprobación de John Soane: "¿Qué puede ser más pueril y desafortunado que el mezquino intento de imitar el carácter y la forma de sus obras (las de los egipcios) en espacios pequeños y confinados? Y sin embargo, tal es el predominio de ese monstruo, la moda, y tal es el afán de novedad que con frecuencia vemos intentonas de esta clase a guisa de decoración".

John Soane puso el dedo en la llaga de lo que se convertiría en una verdadera fiebre de consumo –la *egiptomanía*–, que invadió Europa y que todavía persiste tintando de trivialización no pocas ideas. En arquitectura, del Egyptian Hall de P. F. Robinson a la puerta del Cementerio de New Haven (1845-1848), obra de Austin, Europa y América conocerían todo tipo de experiencias. Y más tarde seguirían, sin duda. Como seguirían en otros ámbitos, como las artes decorativas. Los temas egipcios se prestaban bien a la ornamentación: pronto, la Manufacture Impériale de Sèvres produciría servicios de mesa dedicados a la expedición francesa o a los monumentos egipcios. Y a poco, su estela sería seguida por las fábricas de porcelana de Kassel, Wedgwood, Meissen, Berlín y Viena, entre otras muchas.

La literatura vería también algunas obras de calidad, influídas, pero no anuladas por la pasión oriental, como *La novela de la momia* (1850), de Th. Gautier; *Salammbô* (1862), de G. Flaubert o la famosa *Faraón* (1895-1896), de Boleslaw Prus. Pero en la música, la reconstrucción literaria y escenográfica de *Aida* en 1871, pese a las mejores intenciones y la calidad del trabajo de sus promotores, A. Ghislanzoni, E. Mariette y G. Verdi, no dejó de señalar un nuevo paso en la trivialización del mensaje, postura a la que tan apegada empezó a mostrarse cierta burguesía europea.

La egiptomanía no tuvo unas paralelas babilomanía o asiriomanía. Dejando aparte la evidente diferencia en el estado y grandiosidad visual de los monumentos conservados, sería interesante analizar el por qué de esta inexistencia. Los pocos intentos habidos, particularmente en el mundo anglo-sajón, ya sea en arquitectura, joyería, literatura o cinematografía, apenas si merecen comentario. Al final de todo quizás, sólo *Salammbô* se levanta en su soledad y en su belleza, como la mejor muestra de que el viaje a Oriente dejó grabado en Flaubert algo más que una pasión momentánea, pero siempre evocada con deseo y un punto de nostalgia. Con la piel, la danza y el recuerdo de Kuchiuk Hanem, el mito de una princesa de Cartago.

Arriba, ***Salammbô* (por Adrien Tanoux, 1921, Whitford and Hugues Gallery, Londres).** Abajo, **vaso de Sèvres, llamado "Champollion" diseñado al estilo egipcio por Develly, 1832, Archivo de la fábrica de Sèvres).**

Los sentimientos de Gustave Flaubert

El novelista Gustave Flaubert (1821-1880) realizó un viaje a Oriente entre octubre de 1849 y junio de 1851, en compañía de su amigo Maxime Du Camp. Sus notas de viaje sorprenden, pues sin duda el lector confía encontrar algo distinto. Entre unas y otras anotaciones –hechas sin intención de que fueran publicadas, desde luego– sobresale la experiencia vivida junto a Kuchiuk Hanem, a cuyo hechizo sucumbió con certeza. La carnalidad femenina de la figura de Salammbô nacería en su recuerdo, en su añoranza.

"La danza de Kuchiuk es brutal, se aprieta el pecho dentro de su vestido de modo que sus dos senos desnudos se acercan estrechándose uno contra otro. Para danzar se pone a modo de ceñidor, doblado como una corbata, un chal de color pardo a rayas doradas, con tres borlas colgadas de cintas. Se alza tan pronto sobre un pie, tan pronto sobre otro, es algo maravilloso. He visto esa danza en antiguos vasos griegos."

"Kuchiuk nos danza la abeja... Kuchiuk se ha desnudado danzando. Cuando está desnuda no conserva más que un pañuelo, con el cual hace como si se cubriera y acaba por tirarlo: en eso consiste la abeja"

"Otra vez me quedé adormilado con el dedo enganchado en su collar, como para retenerla si se despertaba. Pensé en Judith y Holofernes acostados juntos..."

(G. Flaubert, *Cartas del viaje a Oriente,* Laertes, Barcelona, 1987, pp. 316, 317 y 318).

Para saber más

Clayton, P. A., *Redescubrimiento del Antiguo Egipto. Artistas y viajeros del siglo XIX,* Ediciones del Serbal, Barcelona, 1985.

Córdoba, J. M., "Del Éufrates y el Tigris a las montañas de Omán. Algunas observaciones sobre viajes, aventuras e investigaciones españolas en Oriente Próximo", Arbor CLXI, 635-636 (1998).

Donadoni, S., Curto,S. y Donadoni-Roveri, A. M., *L'Égypte du mythe à l'Égyptologie,* Istituto Bancario San Paolo, Torino, 1990. Existe edición en castellano.

Gómez espelosín, F. J. y Pérez Largacha, A., *Egiptomanía*, Alianza, Madrid, 1997.

Larsen, M. T., *The Conquest of Assyria. Excavations in an antique land 1840-1860,* Routledge, London & New York, 1994.

Marí, A. y Arias, E., *Pintura orientalista española (1830-1930),* Fundación Banco Exterior, Madrid, 1988.

Sievernich, G. y Budde, H. (eds.), *Europa und der Orient, 1800-1900,* Berliner Festpiele-Bertelsmann Lexikon Verlag, Berlin, 1989.

Said, E. W., *Orientalismo,* Libertarias, Madrid 1990.

Thornton, L., *Les Orientalistes. Peintres voyageurs, 1828-1908,* ACR Edition, Courbevoie, 1983.

Vercoutter, J., *Egipto, tras las huellas de los faraones,* Claves, Madrid, 1998.